

## EL DECIR Y EL AMAR EN *ADÁN BUENOSAYRES* DE LEOPOLDO MARECHAL

Martín CIORDIA  
Universidad de Buenos Aires

BIBLID [0213-2370 (1996) 12-1; 38-55

*La obra Adán Buenosayres de Leopoldo Marechal nos entrega un «decir» posible del ser y el otro. Dicho «decir» pertenece al género novela, y su intención semántica se refracta en una pluralidad de personajes y desdoblamiento de autores. Atendiendo a ello, procuramos focalizarnos en la significación y experiencia del amar a la que el texto nos abre. Descubrimos dos momentos. Uno que comenzando en el «libro I» culmina en una «unidad de sentido posible» en el «libro VI». «Unidad» que en el séptimo y último «libro» se pondría en entredicho y queda abierta a reformulaciones en obras posteriores de Marechal a las que aludimos.*

*The seven books text of Adán Buenosayres of Leopoldo Marechal, give us a possible «speech» about to be and the other one. This «speech» belongs to the novel gender and its semantic intention is refracted into a characters and authors plurality. Having this in mind, we try to concentrate us in the experience and meaning of love that this text give us. We discover two moments. One that starting in the «first book» end in a «possible meaning unit» in the sixth book. «Unit» that in the seventh and last «book» would enter in interdiction and stays open to be reformulated in Marechal's subsequent texts.*

### *El discurso novelesco*

Años después de la publicación de la novela *Adán Buenosayres*, su autor Leopoldo Marechal decide escribir *Las claves de Adán Buenosayres*, con la intención de dar orientaciones para su lectura<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Leopoldo Marechal, *Claves de Adán Buenosayres*, Mendoza, Azor, 1966, 7. El libro incluye tres artículos sobre la obra pertenecientes a Julio Cortázar, Adolfo Prieto y Graciela (Maturó) de Sola. Para *Adán Buenosayres*, nos hemos manejado con Leopoldo Marechal: *Adán Buenosayres*, Buenos Aires, Sudamericana,

La novela, nos dice, quiere manifestar «una realización espiritual o una experiencia metafísica». La «historia» intenta «una sucesión cronológica y a la vez lógica» de una «vida humana», de «sus destinos», que «se traducirían por una cadena de muertes y resurrecciones obradas en la posibilidad del mismo individuo»<sup>2</sup>.

No estarían lejos estas palabras de las de Paul Ricoeur al decir que una obra nos abre a un mundo posible y a maneras de ser en él, que una trama nos entregaría una comprensión posible del ser hombre como tiempo.

El personaje Adán manifestaría la búsqueda del hombre por sus destinos posibles, por los sentidos de su ser y lo otro. Dicha búsqueda en la novela de Marechal comenzaría como una búsqueda de «lo propio», de la «unidad» en la fragmentación y multiplicidad contemporáneas.

Pero en el «Adán», este camino hacia lo propio y la unidad, no desviaría de la multiplicidad, sino que la atravesaría. La atravesaría, nos dice Marechal en otra de sus obras, como Ulises atraviesa el canto de las sirenas atado al mástil<sup>3</sup>.

En la novela encontraríamos muy desarrollada esta «palabra ajena» de camino a la «propia», el «plurilingüismo» del que hablara Bajtín a propósito del género novelesco.

La novela de Leopoldo Marechal, *Adán Buenosayres*, consta de siete libros. El prólogo atribuye la autoría de los cinco primeros a L.M., la de los dos últimos a uno de los personajes de los cinco primeros, Adán.

1984. En lo sucesivo las citas de esta obra se harán por esta edición. Terminado el presente artículo hizo su presentación en la Argentina la excelente edición de Pedro Luis Barcia (Madrid, Castalia, 1995). En nota haremos alguna referencia a su «Introducción» a propósito de lo que tratamos.

<sup>2</sup> Marechal, *Claves de Adán Buenosayres*, 8-9.

<sup>3</sup> Ver Marechal, *Descenso y Ascenso del alma por la Belleza*, Argentina, Salido, 1982, cap.XII: «El Mastil».

Si bien podemos leer a Marechal, L.M. y Adán como uno y el mismo, en el preciso momento de presentárenos desdoblados en tres (uno en la portada del libro, dos en el prólogo), nos da que pensar respecto de la complejidad de responder a la pregunta ¿quién soy?, de la dificultad de verbalizar una experiencia metafísica o realización espiritual.

En los cinco primeros libros, obra de L.M., el personaje Adán y su palabra, se irían manifestando y formando en lucha y diálogo con otros personajes y palabras. La intención semántica de Marechal bajo la máscara de L.M. no surgiría sólo del discurso único de Adán sino también refractada en la pluralidad de discursos y personajes que la ponen en entredicho. En L.M., Marechal, tomaría «distancia» de la «experiencia metafísica» manifestada por Adán. El relato en tercera persona nos alejaría de una primera y precipitada identificación ingenua entre el personaje Adán y Marechal.

Sería en el libro VI donde la «intención» de Marechal más se acerca a la del personaje Adán. Sin embargo, al ser el «Cuaderno de Tapas Azules» discurso atribuido a éste y no a aquél, la «distancia» persistiría. Al estar escrito este libro en primera persona, aparecería en el horizonte de toda la obra, como la culminación de la formación de la «concepción verbal del mundo» propia del personaje. El texto nos entrega aquí sólo su discurso, ya no el mundo de la vida del que surgió, el «amigo en función de vida»<sup>4</sup>. Adán murió y sólo ha quedado su verbo.

La intención semántica de Marechal aquí se refracta en el intento reflexivo del personaje, en el intento reflexivo que acontece «en» la verbalización monológica de su ser. El plurilingüismo cede aquí a la «palabra única y propia» de un personaje antes de

<sup>4</sup> Estas son palabras del prólogo de L.M., justificando sus primeros cinco libros. Ver Leopoldo Marechal, *Adán Buenosayres*, 8.

morir. El mundo de la vida aquí se angosta y toma el perfil de «una» personalidad y «su» discurso.

Adán se nos presentaría como uno de los destinos posibles del ser hombre. El camino de Adán del libro I al VI nos entregarían «un decir» posible de «una» posible «experiencia metafísica o realización espiritual».

Pero la novela no acaba en el libro VI. El libro VII atribuido al personaje Adán, abandona el intento monológico anterior, y ya no L.M., sino Adán dice en lucha y diálogo con la palabra ajena; su discurso se ve asaltado de personajes y acontecimientos que lo dialogizan. En libro VII, el *Viaje a la Oscura Ciudad de Cacodelphia*, el mismo discurso del personaje Adán pondría en entredicho el «decir» alcanzado en el libro VI. El libro VII de Adán mostraría el posible «infierno» y «limitación» del discurso y experiencia manifestado por el VI, incluso por los manifestados del I al V por L.M.<sup>5</sup>.

La novela comienza en el cuarto de Adán para luego abrirse a la multiplicidad del mundo. Desde esta multiplicidad vuelve a unificarse hasta el cuarto de Adán, culminando con la palabra «propia y única» del libro VI. El libro VII torna a abrirse a lo múltiple, mostrando las posibles «limitaciones» de la «unidad de sentido» dicha hasta el VI. Nos deja en el posible «infierno» de lo

<sup>5</sup> Con esto no queremos decir que el Libro VII se reduzca a esto, sino que entre lo que nos presenta, algunos pasajes, parecerían poner en entredicho algunas afirmaciones anteriores. En este sentido son interesantes unas palabras de Pedro Luis Barcia en su «Introducción» al «Adán Buenosayres» (77), donde expone una de las posibles relaciones entre el Libro VII y los anteriores: «Queda así claro que Adán se ha bonificado espiritualmente con su noche de viernes (Libro V), y que el paseo infernal (Libro VII) será un nuevo viaje penitencial, como el cumplido a medianoche por la calle Gurruchaga...Aquí reside el sentido de este nuevo viaje: continuará la profundización de su ascesis espiritual, iniciada el Viernes Santo, en esta experiencia profunda». En esta misma línea es que nosotros hablamos del Libro VII como puesta «infernal», o enseguida como parodia. Ciertos pasajes del Libro VII podrían leerse como una profundización ascética de lo dicho hasta el Libro VI. Más adelante se dará un ejemplo y se desarrollará lo aquí esbozado.

dicho, a las puertas de otras experiencias y decires posibles, en lo abierto de otras posibles muertes y resurrecciones de un mismo ser hombre.

La obra multifacética de Marechal (poemas, teatro, novela, ensayos) descubren esta misma búsqueda en los lenguajes. Cada manera discursiva dice a su manera el mundo de la vida, pero su decir mostraría ocultando.

En «Claves», Marechal dice que tenían en él «un universo de ontologías y experiencias que manifestar», que el «género» sería el novelesco sólo se le habría «impuesto como necesario» más tarde (Marechal, *Claves de Adán Buenosayres*, 8). La novela, como nos dice Bajtín, permitiría este «distanciamiento» del «lenguaje» y la «realidad» que se intenta decir. «Distancia» que en el «Adán», estaría dada entre otras cosas, por este plurilingüismo y desdoblamiento de autores.

Esto mostraría por un lado que lo dicho nunca agotaría el decir, ni el decir la «experiencia»; por otro, que «una» experiencia no clausura el acontecimiento de nuevas.

La autocrítica del libro VII, no sería sola negación o desmascaramiento de posibles oscuridades en un decir, de su posible mentira o «no-ser». La autocrítica o parodia en Marechal, como de Cervantes dice Bajtín<sup>7</sup>, sería el revés de una incesante búsqueda de la verdad con las palabras, el revés de una intención semántica que quiere manifestar «posibles» maneras de «ser» en el mundo. Marechal todavía buscaría como Cervantes, «experiencias» y palabras donde acontezca la verdad como desocultación del ser. Tarea quizás siempre fracasada y recomenzada. Intención

<sup>7</sup> Para esta lectura de Cervantes por parte de Bajtín, ver Bajtín, *Teoría y Estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989, cap. «La palabra en la novela». Para la presencia de Cervantes en el *Adán Buenosayres* ver Javier de Navascués, «Presencias cervantinas en *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal», *Actas del III Congreso de la Asociación Argentina de Hispanistas*, Buenos Aires, UBA, 1993, vol. 2.

tal vez siempre refractada en el plurilingüismo y lo inagotable de la vida.

*La metafísica o «el ser y el otro» en «Adán Buenosayres»*

Dejemos de hablar «de» la palabra y pasemos a hablar «con» la palabra. Atendamos a la hermenéutica fenomenológica del «Adán», a la comprensión del ser y lo otro que nos abre el texto en su descripción interpretativa. Vayamos a lo que Marechal llama la «realización espiritual o experiencia metafísica» que el personaje Adán manifestaría.

Atendamos otra vez a «Claves» en procura de otra orientación: «Si bien lo mira, el núcleo de la novela, su motor interno, está en una noción de la Solveig Celeste (Madonna) que Adán presintió en su alma y que buscaba primero en la Solveig Terrestre (una muchacha de Saavedra)» (Marechal, *Claves de Adán Buenosayres*, 11).

Esta sería la trama íntima del personaje Adán. La Solveig Celeste sería la «llave» al destino o sentido último que descubriría el personaje para sí; como veremos, la que lo lleva a la unión o desfondamiento en Dios, a su posible experiencia metafísica.

La «filiación» de dicha noción, Marechal nos la entrega claramente: Dante y los Fedeli d'Amore. También menciona a León Hebreo, y a Cervantes y su *Quijote* (*Claves de Adán Buenosayres*, 11 y 18). Dice que el tratamiento de esta noción no se reduce en su obra al «Adán», sino que se extiende a parte de su poesía y su ensayo *Descenso y Ascenso del alma por la Belleza*.

¿Pero que significaría «experiencia metafísica»?

En principio, en la obra marechaliana «metafísica» diría lo que para Levinas al comenzar «Totalidad e Infinito»: «La verdadera

vida está ausente... está dirigida hacia la «otra parte», y el «otro modo», y lo «otro».<sup>10</sup>

Sin embargo, sus «deseos metafísicos» siguen caminos distintos, en tanto «lo totalmente otro» a lo que tienden, respondería a nociones diferentes de lo «otro» y lo «mismo». Tratemos de ahondar un poco las marechalianas.

Experiencia metafísica en la obra del argentino, diría experiencia de lo Otro, en tanto lo Otro significaría Dios o Su ausencia. La experiencia de lo Otro se manifestaría como deseo y conocimiento. Desearía lo Otro en tanto desearía conocer lo Otro, unirse a lo Otro.

Sin embargo, para desear conocer lo Otro debería conocerlo de alguna manera, conocer Su ausencia, la ausencia como ausencia de Su presencia. El deseo supondría un «llamado» por parte del Otro, el deseo constituiría una respuesta.

Aquí podemos articular con la cita de «Claves». El «llamado» para el personaje Adán sería la Solveig Terrestre. Adán conoce la hermosura de la muchacha de Saavedra, dicho conocimiento lo conmueve, origina el deseo o movimiento amoroso. Pero Adán piensa lo que Marechal en su *Laberinto de Amor*: «sin humillar en su signo a la flor, la rosa es el llamado, pero no el Llamador»<sup>11</sup>.

En su *Descenso y Ascenso del alma por la Belleza* dice en la misma dirección: «las criaturas nos proponen una meditación amorosa y no un amor... El ir conociendo lo invisible por lo visible; el de ir atisbando el rostro de la Divinidad a través de las imágenes y símbolos que la revelan y esconden a la vez; el de remontarse a la contemplación de la Unidad creadora y eterna, por la escala de lo múltiple, creado y perecedero» (34).

<sup>10</sup> Emmanuel Levinas, *Totalidad e Infinito*. Salamanca, Sígueme, 1977, 57.

<sup>11</sup> Marechal, *Laberinto de Amor en Poesía (1924-1950)*, Buenos Aires, del 80, 1984, 141. Edición y prólogo de Pedro Luis Barcia.

La mujer aparecería en estos textos como «mediadora» entre el hombre y Dios.

La «meditación amorosa» de ir atisbando lo invisible por lo visible, para el personaje Adán sería la tarea llevada a cabo en su *Cuaderno de Tapas Azules*. Meditación, que al decir de «Descenso y Ascenso», sería una «meditación desconsolada» (48). El arte de dicha meditación, acota el «Cuaderno», sería una «arte del desengaño» (*Adán Buenosayres*, 381), el «hilo del llanto» y el de la meditación se confunden, el llanto aparece como una «vocación» de lo Otro (*Adán Buenosayres*, 375). La angustia sería un modo de conocer.

¿Pero cómo aparece en el «Adán» esta angustia que ha de tornarse arte del desengaño? ¿En qué consiste esta meditación amorosa que la «mediadora» muchacha de Saavedra propone a Adán? ¿Qué supone para la mujer ser «llamado» para otro, hermosura que atrae más allá de sí?

La muchacha de Saavedra despierta en Adán el amor. Dicho amor lleva al personaje a comenzar a escribir el «Cuaderno», donde cree meditar sobre la «esencia» de dicha mujer<sup>16</sup>. Sin embargo, una pregunta se abre en las primeras páginas: «¿reconocería él a la Solveig ideal de su cuaderno en la Solveig de carne y sangre que lo había llamado y a la que se aproximaba en aquel instante?» (*Adán Buenosayres*, 67). Páginas adelante, la narración no sólo mostrará a Solveig retorciendo sin comprender el «Cuaderno» entre sus manos, sino también su elección por otro hombre, el promisorio médico Lucio Negri<sup>18</sup>.

El poeta Adán recorrería la parábola de los románticos, de sus antepasados los Fedeli d' Amore: cantarían la ausencia de la amada «de» camino a lo Absoluto, «como» camino a lo Absoluto: en esto consistiría su *Cuaderno de Tapas Azules*.

16 Ver Marechal, *Adán Buenosayres*, cap.VIII del libro VI.

18 Ver Marechal, *Adán Buenosayres*, cap.II de libro II.



«La muerte de Aquella se impuso a mi entendimiento con el rigor de una necesidad» (*Adán Buenosayres*, 401), nos dice Adán en su Cuaderno. Necesidad fruto de un desengaño amoroso y del descubrir en la fragilidad de la amada su condición de mortal. Su rechazo y su mortalidad daban la «medida trascendente»<sup>20</sup> del amor despertado por ella, su llamar más allá de sí.

De este desfase entre la amada mortal y el amor trascendente del amante, surgiría el arte de la meditación amorosa desconsolada, que sería una «obra de transmutación y alquimia» de la mujer terrestre en mujer celeste<sup>21</sup>.

El camino a lo Otro aparecería de camino a lo propio, a lo en sí. Se pasaría de los ojos de la cara a los del «alma», de un ojear a un intelegir, a un considerar «en sí» la creatura en pos de hacerla íntima y permanente. En la soledad una de lo propio aparecería la posibilidad del pasaje a lo Otro. Lo Otro acontecería de camino a un conocimiento de sí, del deseo trascendente de su amor. La obra de transmutación y alquimia diría un cambio de mirada, la mujer terrestre despertaría lo que sólo la celeste atisbaría a saciar.

¿Quién sería esta mujer celeste?

En «Claves» Marechal vuelve a aclarar lo que el resto de su obra ya haría. La Mujer Celeste sería la Madonna Intelligenza, simbolizaría el Intelecto de Amor trascendente por el cual el hombre se une o puede unirse a Dios, sería la Puerta del Cielo y el Asiento de la Sabiduría «que los cristianos entendemos en la Virgen Madre» (11).

20 Ver también Marechal, *Claves de Adán Buenosayres*, 11.

21 Leemos en el *Cuaderno de Tapas Azules*: «viendo yo lo mucho que se arriesgaba su hermosura al resplandecer en un barro mortal, fui extrayendo de aquella mujer todas las líneas perdurables, todos los volúmenes y colores, toda gracia de su forma; y con los mismos elementos (bien que salvados ya de la materia) volví a reconstruirla en mi alma según peso, número y medida; y la forjé de modo tal que se viera, en adelante, libre de toda contingencia y emancipada de todo llanto», 400. En la misma página, el nombrarlo como «obra de transmutación y alquimia».

La muerte de la mujer que se le impone a Adán como tarea, significaría adelantarse a su muerte, mirarla desde su condición de mortal. Desde esta mortalidad la «Niña-de-encabritado-corazón» mostraría la «Niña-que-ya-no-puede-suceder»<sup>23</sup>.

Uniéndonos a la Mujer Celeste nos uniríamos a su «mirar cara a cara» a Dios, a su Intelecto de Amor. *Descenso y Ascenso del alma por la Belleza* diría más, nos descubriríamos «ese» Intelecto de Amor, pues «el Intelecto de Amor es, en el hombre, la imagen y semejanza del Dios inteligente y amante que lo ha creado» (*Descenso y Ascenso del alma por la Belleza*, 28).

Desde esa altura sin embargo, el poeta Adán nos dice que se descende según la «ley de la caridad»<sup>25</sup>. El poeta bajaría para comunicar a los demás hombres el «lenguaje de Dios».

Este camino a lo Otro impondría «matar», «transmutar» a la mujer. No habría que eludirla, no atenderla. Sería necesaria su ausencia, la ausencia de su presencia que la tomaría «puente de plata» a otro «peregrinaje», «copia» de un «original» al que nuestro mirar se volvería a buscar (*Adán Buenosayres*, 391). «Matar» a la mujer significaría descubrir su carácter de «huella», de «esfinge»<sup>27</sup>.

La realización espiritual o experiencia metafísica que nos manifestaría Adán diría la de un ser cuyo ser consiste en desear y conocer lo Otro. Ser significaría ser uno mismo en Otro, donde la mujer aparecería como «mediadora», como mensaje o llamado del Otro. Mediación y no fin, la muchacha de Saavedra queda en los «peldaños» (Marechal, *Descenso y Ascenso del alma por la Bel-*

23 Ver Marechal, *Adán Buenosayres*, 400; también en Marechal, «Odas para el hombre y la mujer» en *Poesía* (1924-1950), 90.

25 Para la «ley de la caridad» y la siguiente relación que se establece con la tarea del poeta, ver Marechal, *Adán Buenosayres*, cap.I del libro IV; ver también con Marechal, *Descenso y Ascenso del alma por la Belleza*, cap.V: El descenso y cap.VII: El Juez; ver Marechal, «La poética» en *Heptamerón*.

27 Marechal, *Descenso y Ascenso del alma por la Belleza*, cap: La esfinge.

leza, 52) inferiores de una escalada al Dios Uno más allá de toda multiplicidad y muerte, de toda alteridad y corrupción en la Unidad de lo Mismo. Lo Otro acabaría manifestándose como Otro al hombre, en tanto se mostraría siempre Uno y el Mismo. Ser significaría Uno Mismo<sup>29</sup>.

El hombre se descubriría de camino a lo propio «imagen» de Dios, el hombre «sería» esta imagen en tanto «es» uno mismo.

Para los amantes del Otro, las creaturas serían huella, no descanso; también prójimos a quienes «verbalizar» el llamado del Otro. El hombre y el poeta aquí serían uno y el mismo en su ascenso y descenso amoroso por la Belleza.

Podría pensarse que dicha concepción del ser y lo otro pertenece a los últimos remezones de un pasado clausurado. La misma filiación que Marechal nos da de su pensamiento confirmaría esta lectura.

Sin embargo, no creemos que sea así. La obra marechaliana con su hermenéutica del pasado nos ayuda en la consideración de muchos supuestos en nuestro actual modo de comprender el amar y amar<sup>30</sup>.

29 En las *Claves de Adán Buenosayres* se dice que Adán «surca el océano de lo múltiple, no para dividir y atomizar su ser en el maremagnum de las contingencias y diversificaciones, sino para rescatar, a flor de agua, «la unidad misma de su ser trascendente» (20). A propósito del «a flor de agua», *Descenso y Ascenso del alma por la Belleza*, nos habla de dos Narcisos; nos interesa aquí el segundo: «Pero hay otro Narciso que “se transforma en flor”: asomado a las aguas», este Narciso feliz no ve su propia imagen, sino la imagen del Otro; quiero decir que depone su forma de un día por la forma eterna de lo que ama: es un Narciso que «trasciende» (60). El drama humano para Marechal aparecería descrito por el movimiento inverso: «al apartarse de sí mismo, el hombre deja de ser él mismo para convertirse en algo que no es él mismo» (28). Lo que en «Descenso y Ascenso» encontramos en el capítulo XI, respecto a la muerte y resurrección en Otro y el Otro como Uno Mismo, en el «Adán», podemos verlo en libro I, 20 y libro VI, 397.

30 Estamos realizando un trabajo de mayor aliento sobre los supuestos de nuestro actual comprender y amar. Las Filosofías del amor del Renacimiento europeo y la obra de Cervantes son los textos a partir de los cuales intentamos pensar estos horizontes y abrirnos a nuevos. ¿El canto de Orfeo por la ausencia de

Escuchemos a uno de los personajes de *Rayuela* de Cortázar, no «sospechoso» en general de estas filiaciones<sup>31</sup>; dice Horacio Oliveira: «La Maga no sabía que mis besos eran como ojos que empezaban a abrirse más allá de ella, y que yo andaba como salido, volcado en otra figura del mundo, piloto vertiginoso en una proa negra que cortaba el agua del tiempo y la negaba» (Cortázar, *Rayuela*, 136).

También en otro pasaje: «Tal vez el amor fuera el enriquecimiento más alto, un dador de ser; pero sólo malográndolo se podía evitar su efecto bumerang, dejarlo correr al olvido y sostenerse, otra vez solo, en ese nuevo peldaño de realidad abierta y porosa. Matar el objeto amado, esa vieja sospecha del hombre, era el precio de no detenerse en la escala» (*Rayuela*, 449).

Y todavía: «así la Maga dejaría de ser un objeto perdido para volverse la imagen de una posible reunión —pero no ya con ella sino más acá o más allá de ella; por ella, pero no ella»<sup>34</sup>.

La aspiración metafísica a lo Otro aquí ya no se articula en un lenguaje «dualista» celeste y terrestre. Sin embargo, la búsqueda de lo Otro a través de la mujer como una mediación que luego se abandona hacia la soledad, persistiría. Lo Otro aquí seguiría aconteciendo de camino a lo propio, a lo de sí; más acá de toda «mediación» de la mujer que se manifestaría como «puente» o «figura» hacia el ensimismamiento abierto al Uno Mismo.

Eurídice? ¿El canto de Adán por la presencia de Eva? Horizontes simbólico-míticos que parecen abrirnos a diversos caminos posibles del amar entre el hombre, la mujer y Dios.

31 Una de las excepciones sería Graciela (Maturó) de Sola, *Julio Cortázar y el hombre nuevo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1967.

34 Cortázar, *Rayuela*, 451. Es de aclarar que el personaje Oliveira en otros pasajes intenta otros caminos, como veremos enseguida que también intenta Marechal. No podríamos afirmar que su posición se reduce a lo citado. De todas maneras, daría mucho que pensar que Oliveira acabe comprendiendo desde la ausencia de la Maga.

Dicha experiencia metafísica no sería la única posible. Lo dicho por Adán y Oliveira diría una de las maneras del «amar entre la mujer, el hombre y Dios»<sup>35</sup>, manifestaría una determinada comprensión de dicha «constelación» semántica y del mundo al que referiría.

### *El libro VII*

Los cinco primeros libros del «Adán» presentarían la formación dialógica del personaje, que culminarían en el libro VI con «su» verbalización de «su» concepción del mundo como deseo y conocimiento metafísico. Decíamos también que el libro VII presentaría un nuevo descentramiento respecto a esta verbalización y experiencia, en tanto lo dicho nunca agotaría el decir, como tampoco el decir agotaría el acontecer del ser y lo otro.

El personaje refiere en el libro VII un descenso a los infiernos<sup>36</sup>. En el sector dedicado a la Ira, se encuentra con un último castigado: el Hombre de los Ojos Intelectuales. El relato apretado de este personaje se nos presenta como un posible lado oscuro o infernal del «Cuaderno»<sup>37</sup>.

Un artista como Adán se casa con una mujer, Belona, que poco después muere. El artista por tanto comienza la tarea de re-

35 Al escribir aquí la palabra Dios, pienso en la justificación que da Martín Buber para todavía elegirla y no buscar otra. Ver Martín Buber, *Eclipse de Dios*, México, FCE, 1993, 32 y sig.

36 Para una posible significación de este «descenso», véase la Introducción de Barcia al *Adán Buenosayres* (.74 y sig.). Como se verá coincidimos con leer el Libro VII como el aspecto Cacodélfico de la misma Buenos Aires descripta hasta el VI, y no como un «viaje a ultratumba».

37 Ver Marechal, *Adán Buenosayres*, cap.XI del libro VII. En absoluto debe pensarse que este pequeño relato en la estructura de la obra es simétrico al «Cuaderno». Es marginal y uno entre muchos. Crece, a nuestro parecer, en la medida que lo miramos desde la producción posterior marechaliana, y guarda relaciones con lo presentado en el Libro VI como enseguida veremos. Sería anticipatorio de un posterior giro, antes que algo ya dado.

construcción en su alma, de la Belona terrestre y muerta, en la «Belona eterna» (*Adán Buenosayres*, 594). La narración concluye con la confesión acerca de que él mismo habría matado a su esposa. La habría matado en la imposibilidad de conocerla, poseerla intelectualmente. Belona como una «guerra» o un «mar» se resistía a su intelecto como un otro a lo mismo que él era (588). Lo otro en tanto otro, le impedía el reposo en sí. El platonismo, también citado aquí como guía de este artista (585-587), había servido ahora para matar ya no con la ausencia. El efecto «boomerang», al decir del personaje de Cortázar, habría tenido aquí una consecuencia devastadora.

Esta «parodia» o «puesta infernal» del *Cuaderno de Tapas Azules* nos pondría frente a una pregunta o cuestionamiento respecto al carácter «mediático» que asumiría la mujer en la experiencia metafísica allí relatada. La relación del hombre con la mujer, realizada y comprendida como un mero «llamado» ¿no supone de alguna manera un asesinato? La otredad de la mujer ¿se reduce a una «mediación» para lo propio del hombre? La pregunta queda flotando en el «Adán» y los textos marechalianos de la misma época. Hay que mirar a la obra posterior para una posible respuesta.

En su póstuma novela *Megafón o la guerra* y en *Heptamerón* habría otra posible metafísica, otro posible camino para el amar entre el hombre, la mujer y Dios. En el *Heptamerón*, en el poema que lleva por título «La erótica» leemos: «Dos encuentros yo tuve con el Amor» (182). El primero en Maipú, el segundo en el Tuyú.

El primer encuentro pertenecería a la experiencia que intenta decirse en el «Adán» y obras de la época. Aludiendo a una de ellas, *Laberinto de Amor*, «La erótica» menciona que en Maipú el Amor se le apareció en la «figura de un resero infantil» (*Heptamerón*, 164).

Este «resero» en «Laberinto» acaba trocando en «mendigo»<sup>43</sup>. Mendigo como el que se le aparece al personaje Adán al final de su conversión en libro V. El Amor Resero (Centaurio en otras de sus obras)<sup>44</sup>, el Amor Mendigo dirían al Dios Hombre Cristo.

Pero atendamos al segundo encuentro que refiere «La erótica», ahora en el Tuyú:

Dos encuentros yo tuve con el Amor:  
 en el segundo lo miré acostado  
 sobre las algas y en su doble forma  
 de Andrógino dormido  
 la parte del Varón (crines y bronce)  
 y la de la Mujer (plumas y rosas).  
 Con el primer encuentro se puede hablar de Amor,  
 con el segundo empieza la Erótica infinita

(Marechal, *Heptamerón*, 182)

En «La erótica», la mujer, más que «mediadora» entre el hombre y Dios, aparecería junto al hombre formando la «imagen» completa de una Divinidad Andrógina<sup>46</sup>.

El amar entre el hombre y la mujer, además de «mediación» hacia uno mismo, se manifestaría en lo erótico como el intento de unir dos mitades incompletas de por sí, la erótica buscaría «la

43 Marechal, «Laberinto de Amor» en *Poesía (1924-1950)*, 142.

44 Aludimos a la obra de Marechal, «El Centauro» en *Poesía*.

46 Javier de Navascués, leyendo una copia preliminar de este trabajo, me indicó acertadamente que el motivo del andrógino ya se encontraría en el «Adán», Libro VII, cuando el personaje Samuel Tesler se muestra en su desnudez. Sería interesante considerar esta anticipación u otras que en obras de la época pudieran hallarse. Hablamos de «anticipación» porque a nuestro ver, lo andrógino en Tesler respondería más a su caracterización como personaje judío, que a una noción que varíe la concepción central del amor que en «Adán» aparece. Distinto sería en su producción posterior, como venimos considerando. En ella, la Cábala pesaría y buscaría articulación con la mística cristiana. Lo mismo sucedería con el Tantra como ha indicado Forcat en «El simbolismo espiritual en la obra poética de Leopoldo Marechal» (ver bibliografía).

unidad en un abrazo» (Marechal, *Heptamerón*, 164). La sola «mediación» dejaría a la mujer en los «peldaños» inferiores de la escala, la «erótica» buscaría el ahondamiento de la unión entre hombre y la mujer como «imagen» y de camino a un Dios Andrógino<sup>48</sup>.

En el *Heptamerón* la Elegía daría paso a la Alegropeya. El arte del desengaño de un Viernes Santo en la calle Monte Egmont (18), daría paso a un arte de la alegría de un Domingo de Gloria (179). El «estoy solo y medito» (34), dejaría paso al «Hombre y la Mujer de la Casa del Vino» (179), el «no volveré a llorar junto a la Cruz» (118) de «Leopoldo el redento» (107).

Este giro en la simbología marechaliana para decir el amar, más que un corte, describiría, utilizando una imagen cara a Marechal, una nueva vuelta de espiral.

No se dejarían el decir y la experiencia anterior, sino que serían reinterpretados desde una nueva y posterior experiencia metafísica y realización espiritual. La Imagen de la Divinidad seguiría siendo Cristo Hombre, pero ahora acentuando la Imagen en que está en brazos de su Hija, Esposa y Madre, la Virgen Mujer. No se hablaría de una sexualidad divina, sino de la sexualidad humana como una de sus posibles «analogías», que daría una punta para pensar un Dios Uno y Trino.

Pero esto ya pertenece a otro trabajo. Uno que ahonde en esta nueva cadena de muertes y resurrecciones del decir marechaliano, decir obrado en la inagotabilidad del ser y el otro.

48 Hemos ya dicho lo que en *Claves de Adán Buenosayres* se dice respecto a lo que simbolizaría la Mujer Celeste o Intelecto de Amor. Entre lo allí mencionado, hemos a propósito saltado una de las significaciones. El Intelecto trascendente por el cual el hombre se uniría a Dios, nos dice Marechal, lo simbolizaría también en su «perfección pasiva o femenina» (11). Escritas las «Claves» después del *Heptamerón*, nos parece que agrega una significación que nosotros no encontraríamos en el «Adán», sino que pertenecería a este giro posterior que venimos mentando.



## OBRAS CITADAS

- Bajtín, Miguel, *Teoría y Estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989.
- , *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1985.
- Buber, Martín, *Eclipse de Dios*, México, FCE, 1993.
- Cortázar, Julio, *Rayuela*, Buenos Aires, Cátedra, 1984.
- Coulson, Graciela, *La pasión metafísica*, Buenos Aires, Fernando García Cambeiro, 1974.
- Del Corro, Gaspar Pío, «Leopoldo Marechal, La visión metagónica» en *La mujer símbolo del Mundo Nuevo*, Buenos Aires, Fernando García Cambeiro, 1976.
- Forcat, Julio César, *El simbolismo espiritual en la obra poética de Leopoldo Marechal*, Santa Fé, Culturales Santafesinas, 1992.
- Jitrik, Noé, *Adán Buenosayres, La novela de Leopoldo Marechal*, Buenos Aires, CEAL.
- Levinas, Emmanuel, *Totalidad e Infinito*, Salamanca, Sígueme, 1977.
- Marechal, Leopoldo, *Poesía (1924-1950)*, Buenos Aires, del 80, 1984 (Edición y prólogo de Pedro Luis Barcia).
- , *Adán Buenosayres*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.
- , *Claves de Adán Buenosayres*, Mendoza, Azor, 1966 (incluye tres artículos sobre la obra de Julio Cortázar, Adolfo Prieto y Graciela Maturó de Sola).
- , *Descenso y Ascenso del alma por la Belleza*, Buenos Aires, Salido, 1982.
- , *Heptamerón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1966.
- Maturó, Graciela, «La poesía y el teatro de Leopoldo Marechal» en *Homenaje a Leopoldo Marechal*, Buenos Aires, Ministerio de Cultura y Educación, 1991.
- , *Fenomenología, creación y crítica*, Buenos Aires, Fernando García Cambeiro, 1989.

Navascués, Javier de, «Presencias cervantinas en *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal», *Actas del III Congreso de la Asociación Argentina de Hispanistas*, vol.2, Buenos Aires, UBA, 1993, 724-32.

Ricoeur, Paul, *La metáfora viva*, Buenos Aires, Megápolis, 1977.

——, *Tiempo y Narración* (II vols.), Madrid, Cristiandad, 1987.

